

Sombras del pasado

Imaginaos un maletero. Apesta a gasolina, aceite y mantas de lana viejas y enmohecidas.

¿Os lo podéis imaginar?

Muy bien. Entonces, podemos continuar.

El maletero está cerrado y solo entra un poco de luz por una rendija muy estrecha. Esa mínima luz permite distinguir los objetos que hay dentro del maletero: una rueda de recambio, un triángulo de señalización de peligro, un botiquín de primeros auxilios y un rollo de papel de cocina.

¿Lo captáis? Perfecto.

Hasta aquí, todo es muy sencillo. Pero ahora el asunto se complica. Entre todos estos objetos hay un chico. Está atado, pero no tiene ningún miedo y está

tranquilo, ya que controla la situación, aunque esta parezca desesperada.

¿Lo veis?

Entonces ya debéis saber quién soy.

Me llamo Kai. Soy el chico del maletero y no estoy solo.

A mi lado está Mike Taenner. Mike Taenner es un famoso actor de cine, uno de esos que, en sus películas de acción, no teme a nada, lucha contra diez malvados a la vez y, naturalmente, gana.

En la pantalla, Mike Taenner siempre gana.

Ahora, en cambio, está tan atado como yo y no da ninguna muestra de su coraje legendario. De hecho, tiembla de miedo, porque esto no es una película, sino la vida real.

Gracias a la escasa luz que entra por la rendija, delante de mí veo una mancha roja en la manta de lana gris. Espero que la mancha sea de un tarro roto de mermelada de fresa y no de lo que ya me temo...

De repente, el coche frena en seco. Como estoy atado, no puedo cogerme a nada y voy a parar encima de la manta. Tengo la nariz justo delante de la mancha roja y compruebo que no es de mermelada de fresa.

Es de...

Es de...

¡Es de mermelada de frambuesa!

ODIO la mermelada de frambuesa, por las diminutas semillas que se te meten siempre entre los dientes.

Y, por si no estuviésemos bastante encajonados, en el maletero todavía hay otro individuo. Un individuo con capa y antifaz.

Conozco a este individuo.

Lo conozco bastante bien.

¡Es Coolman!



¿Conocéis a Coolman?

Tal vez no, porque yo soy el único que puede verlo. Me acompaña desde que cumplí los cuatro años y haría cualquier cosa por que eso cambiase. He hecho todo lo que he podido para librarme de él. De verdad. Pero Coolman siempre está presente, tanto si quiero como si no. Es mi destino y no puedo hacer nada para evitarlo.

Y... ¡Sorpresa, sorpresa! Él también tiene la culpa de que tenga que pasar las últimas horas de mi todavía corta

vida en compañía de un tembloroso actor de Hollywood en un maletero estrecho. ¿Que cómo he acabado aquí?

Ahora os lo explico.

Abrochaos los cinturones, que vamos a poner en marcha la máquina del tiempo.



En fin, esta ha sido otra pifia típica de Coolman.

Coolman tiene un talento insuperable para meter la pata en el momento menos adecuado.

Segundo intento. Pero esta vez lo haré yo.
¡Quita las manos, Coolman!

Medio año antes:

Llaman a la puerta. No sé por qué, pero, siempre que me estoy duchando, llaman. Es la primera ley infalible. La segunda ley infalible es que, siempre que me estoy duchando, no hay nadie que pueda o quiera ir a abrir la puerta.

Mis padres están en el teatro, ensayando. Los dos son actores. Anti, mi hermana mayor, está en su habitación, escuchando música. De hecho, no sé si todavía escucha algo, porque tiene el volumen de los auriculares tan alto que hace tiempo que debería estar sorda. En cualquier caso, seguro que no oye el timbre. Y, si lo oye, le debe de dar pereza levantarse.

¡En fin! Vuelven a llamar. ¿Qué puedo hacer?

Cierro el agua y me enrolló en una toalla. Gotearlo como un grifo que no cierra bien, cruzo el pasillo y abro la puerta.

Delante de mí se encuentra un hombre calvo, con un traje de color azul claro y una maleta de piel de color marrón en el suelo.

—No necesitamos nada —le digo rápidamente, porque nunca les compramos nada a los vendedores a domicilio.

Una vez, mi padre se dejó engatusar con una loción contra la caída del cabello que era tan cara como si estuviese hecha de polvo de oro, y no le sirvió de nada.

El calvo que tengo delante seguro que no vende nada que haga crecer el pelo, pienso, mientras intento cerrar la puerta. Pero no puedo, porque el tipo ya ha puesto el pie en la puerta.

—¿No me conoces, chico? —me pregunta, mientras introduce la mano derecha en el bolsillo interior de la chaqueta.



Me escondo rápidamente tras el mueble de los zapatos y paso mucha vergüenza, porque el desconocido no saca ninguna pistola, sino una tarjeta. Cuando me vuelvo a levantar, me da la tarjeta, que contiene un autógrafo y una foto, y hasta pasado un rato no me doy cuenta de que el joven de pelo rubio y largo de la foto y el indivi-

duo que tengo delante son la misma persona. Me quedo mirando a aquel tipo calvo y llego a la conclusión de que la foto tiene que ser muy antigua. No me extraña nada que los bordes de la tarjeta ya estén amarillentos.

—¡Soy Jonny Pony! —me dice en un tono de voz con el que quiere darme a entender que debería saber perfectamente quién es—. Conozco a tus padres desde los tiempos en que estuvieron en Berlín y, como me encontraba por aquí, he pensado que podría pasar a visitarlos.

Jonny Pony pasa por delante de mí, deja la maleta en la entrada, se va directamente a la sala de estar, se deja caer en el sillón favorito de mi padre, pone los pies encima de la mesilla y suspira aliviado como si hubiese venido andando desde Berlín.

—No me vendría mal una cervecita, chico —dice Jonny Pony, y me dirige una mirada tan empalagosa que incluso me mareo. No soporto que me llamen *chico* ni *campeón*.

Doy media vuelta y aprovecho para vestirme antes de entrar a la cocina a buscarle la cerveza porque, si realmente es un viejo amigo de mis padres, es mejor que sea amable con él.

Pero cuando vuelvo a la sala de estar con la cerveza, veo que ya se ha servido. Ha descubierto el minibar de mi padre y creo que ha cogido el whisky más caro.

—¿Usted también es actor? —le pregunto, para romper el silencio.

Jonny Pony me mira ofendido.

–¿De verdad no sabes quién soy? –me pregunta, mientras se sirve un segundo vaso de whisky.

Yo me limito a mover la cabeza, porque lo cierto es que no tengo ni idea.

–De hecho, no soy actor, sino director de cine. Sabes qué es eso, ¿verdad, chico? –me pregunta como si hablase con una criatura de párvulos.

Me hubiera gustado contestarle que sí, que *eso* era esa gente que se sienta delante de los lavabos con un delantal blanco y un platito para las propinas en una mesa.

Pero, naturalmente, no le digo nada por educación y le pregunto:

–¿Y qué películas ha dirigido?

Me vuelve a mirar ofendido y, tras un instante de profunda meditación, me responde:

–Seguro que conoces *Zombis en el jardín*, *El asesino disfrazado de Papá Noel* o *Heridas purulentas*.



No he visto ninguna de esas películas y, a juzgar por sus títulos, seguro que mis padres tampoco me lo habrían permitido.

—¿Y qué se le ha perdido por aquí? —le pregunto.

—Quiero rodar aquí mi nueva película —me contesta Jonny Pony.

—¿Y cómo se titulará esta vez? ¿*Sangre y vísceras*? —le propongo, medio en broma, pero veo que Jonny Pony asiente con la cabeza, pensativo, saca un bloc del bolsillo y anota el título.

—¡No está nada mal, chico! Pero esta vez quiero hacer una cosa muy diferente: una película de intriga con agentes adolescentes.

Dudo que nadie haya rodado nunca una película en nuestra ciudad, con excepción del vídeo que grabó Alex con su móvil, cuando Justin intentó dar un salto de trampolín desde la marquesina del café del mercado y fue a parar a la fuente de la plaza. En YouTube el vídeo tuvo 5.025 seguidores, uno de los cuales era japonés y dejó un comentario. Su comentario no lo entendió nadie, porque era en japonés, pero desde entonces los dos piensan que su futuro está en Asia.

Alex y Justin son mis mejores amigos. También son los únicos, porque no hace mucho tiempo que vivo aquí. No es que sean muy listos, pero son dignos de confianza. Quiero decir que, a veces, lo son.

Antes de poder preguntarle a Jonny Pony de qué tratará la película, mis padres vuelven de su ensayo.

A la hora de cenar mi madre todavía está emocionada de la alegría que ha sentido al volver a ver a Jonny Pony. A mi padre, en cambio, no se le ve tan entusiasmado. Incluso Anti ha salido de su habitación para cenar y conocer al visitante. Anti siempre aparece en los momentos más inesperados, con el pelo teñido de negro cayéndole por delante de la cara como una cortina.



En realidad, Anti se llama Antígona, pero la forma abreviada es la que mejor le va teniendo en cuenta su forma de ser.

Durante la cena, Jonny Pony y mis padres recuerdan los días en los que los tres compartieron piso en Berlín. No tengo ni idea de cuántos novios tuvo mi madre antes de conocer a mi padre, pero calculo que, por orden de aparición, Jonny Pony debe ocupar algún lugar entre el número 15 y el 20.

–Creo que fuiste mucho más precoz que tu marido –dice Jonny Pony, riendo, mientras le guiña el ojo a mi madre en un gesto de complicidad.

–De hecho, yo fui su primera novia de verdad –dice mi madre, y esconde una risita.

–Sí, se nota que te esperó durante veintiocho años –dice Jonny Pony, y dirige una mirada burlona a mi padre, mientras los dos se ríen todavía más fuerte.

Mi padre también se ríe, porque es actor y sabe fingir muy bien. Pero veo que la conversación le resulta desagradable, y no me extraña nada.

Yo también he tenido hasta ahora una novia: Lena. Nuestra relación duró exactamente cinco minutos, pero tampoco me hubiese gustado nada saber que antes había hecho manitas con una docena de chicos más.



¡Muy gracioso, Coolman, muy gracioso!

Pero lo cierto es que no tengo ningunas ganas de reír. Este Jonny Pony no me gusta nada y sufro por mi padre.

—¿Y cómo será la nueva película? —pregunto para desviar la conversación de aquel tema tan desagradable.

—Rodaré una historia en la que los protagonistas serán chicos y chicas —responde Jonny Pony—. ¡Algo que no se ha hecho nunca! ¡Seguro que será la bomba, un éxito increíble! Filmaremos la película en formato digital y en 3D. Mañana haremos el casting sobre la colina, en la escuela, y escogeremos entre los candidatos a los que interpretarán los papeles principales. Yo seré el villano, pero los demás actores no tienen que ser profesionales. Queremos gente que no tenga nada que ver con el mundo del espectáculo. ¡Personas auténticas con sentimientos auténticos!

Y mientras dice eso, observa a Anti. A mí me ignora por completo.

Es entonces cuando recuerdo haber visto unos días antes un anuncio en el panel de la escuela.

—¡Imagínatelo, en tu colegio, Kai! —exclama mi madre, y me dirige una mirada de ánimo. Seguro que le gustaría que participase en el casting, pero no tengo la más mínima intención de hacerlo. Ya es suficiente con dos actores en la familia. Cuando sea mayor, prefiero escoger otra profesión, como astronauta o agente secreto.



De verdad que no tengo ningunas ganas de convertirme en una estrella. Me resultaría demasiado agotador tener que vivir siempre perseguido por los cazadores de autógrafos. ¡Y si me metiese un segundo el dedo en la nariz, en seguida saldría la foto en los periódicos!

¡No, gracias!

Pero veo que Anti ha mordido el anzuelo, porque se ha apartado el pelo de la cara y sonrío, ¡y eso que ella no sonrío nunca!

—¿Y cuándo es el casting? —pregunta mi hermana.

—Mañana por la mañana —contesta Jonny Pony, mientras la señala con el índice—. Y me alegraré mucho de verte por allí, señorita.

A cualquier otro que se hubiese atrevido a llamarla *señorita* lo habría hecho callar en seco con un golpe de kárate, pero Anti continuó sonriendo.

—Entonces será mejor que os vayáis a dormir, así mañana estaréis bien despiertos —dice mi madre—. Kai, tú dormirás con Antígona. Jonny dormirá en tu habitación mientras esté aquí. Así no tendrá que ir a un hotel.

—Entonces soy yo el que se va a un hotel —respondo rápidamente, porque de ninguna manera quiero dormir en la habitación de Anti.

Tres buenas razones por las que no quiero dormir en la habitación de Anti:

1. La habitación de Anti es más oscura que el más oscuro de los agujeros, porque ha pintado todas las paredes de su color preferido.
2. Anti se despierta cada mañana con su música favorita, que es ensordecedora.

3. Anti tiene repartida su ropa interior por el suelo de toda la habitación, porque dice que no necesita para nada los armarios.

—¡No te pongas así, Kai! Solo serán un par de semanas —dice mi madre, y considera zanjado el tema.

Mientras pienso qué quiere decir exactamente con eso de «un par de semanas», Jonny Pony me sonrío de manera malévola, como si se vengase por no haberlo reconocido en seguida. Con gesto abatido, sigo a mi hermana y cojo la ropa de mi habitación.

—¡Pobre de ti, si roncas! —me amenaza Anti desde su cama, casi invisible bajo sus sábanas negras.

—Buenas noches —le respondo amablemente.

Poco después, es ella la que se pone a roncar como un elefante marino resfriado.

Pero dejemos a un lado el tema de los ronquidos.

En la habitación de Anti reina la oscuridad más absoluta. La única luz procede del débil brillo de las barritas de incienso, que no huelen a lavanda o a jazmín, que ya resultaría bastante mareante, sino a flores podridas de pantanos y buhardillas enmohecidas. No tengo ni idea de dónde compra esas porquerías. Seguramente en alguna página de Internet especializada en artículos apestosos.

A medianoche me despierto porque tengo sed. Para conseguir agua he de aventurarme hasta la cocina. Por suerte, me he aprendido de memoria la situación de las prendas de ropa interior que Anti tiene tiradas por el suelo como si fuesen peligrosas minas antipersona. De hecho, no hay que menospreciar el peligro que representan.

A tuestas, consigo llegar de la cama a la puerta a través de aquella oscuridad impenetrable sin pisar ningún sujetador de Anti. Sin embargo, me doy un golpe en la rodilla contra su escritorio y me hago daño, pero la herida no es grave.

En la cocina, mi madre habla con Jonny Pony. No puedo evitar escucharlos, escondido.

—He visto a tu padre y no tenía buen aspecto. Creo que tendrías que llamarle —le oigo decir a Jonny Pony.

—¿Y por qué tengo que llamarle yo? Que me llame él —responde mi madre.

—¡Cómo sois de cabezotas, los dos! —dice Jonny Pony.

No he visto nunca a mi abuelo. Lo único que sé es que vive en Berlín. Mi madre y él discutieron poco antes de que yo naciera. Me gustaría conocerlo, pero Berlín está muy lejos, y un billete de tren me costaría por lo menos cincuenta euros, una cantidad completamente fuera de mi alcance, teniendo en cuenta la paga que me dan.

